WARHAMMER 40,000



UNA COMPAÑÍA EN LAS SOMBRAS

RACHEL HARRISON



Titulo Original: *A Company of Shadows*
Autor: *Rachel Harrison*
Traducido: *Humaneleux*
Corregido: *La Selva*
Montaje y Revisión: *Valncar*



Más allá de las palabras



La ciudad queda atrás con el retumbar de los turbojets. Los edificios destrozados se alejan. El olor del humo se disipa debido al frío viento que azota la cañonera *Valkyria*.
La Comisaria Severina Raine se aferra al marco de la puerta lateral mientras ésta se estremece bajo su mano. Más cañoneras despegan y se alejan, metal gris elevándose para encontrarse con cielo gris. A lo lejos, una nube de polvo se eleva en el aire, indicando dónde las compañías de tanques Antari están marchando hacia el borde de la ciudad. Un retiro masivo que le escuece más que las quemaduras láser en el hombro.
-Plata Dos fuera.
La voz llega a través de la unidad Vox, pero ella puede ver el altavoz en la distancia. Es Andren Fel. El capitán de los soldados de asalto está posicionado en la puerta lateral de otra *Valkyria* que se pierde de vista detrás de un bloque de habitáculos derrumbado. Raine puede escuchar el susurro de los rifles inferno de fondo.
-La ruta más rápida- dice, haciéndose oír por encima del viento. **-A través de las Fauces.**
Hay un sonido, como una distorsión del vocoemisor. Raine sabe que Andren se está riendo.
-A través de las Fauces- dice. **-Sí, Comisaria.**
Las Fauces marcan el borde de la ciudad principal de Gholl, Caulder's Reach, donde terminan las agujas de metal de la ciudad y comienzan las de piedra de las cadenas montañosas. Los picos se elevan hacia arriba, el viento aúlla alrededor y entre ellos como el aliento de una bestia. Los barrancos son profundos y oscuros. Es por eso que sus soldados Antari se han acostumbrado a llamarlo Fauces. Un nombre peligroso, para un lugar peligroso.
-¿Las Fauces?
Raine se aleja de la puerta lateral al escuchar la voz. Saleen Mayir está asegurada en el compartimento de la tropa. Su capa amarilla brillante destaca contra el bronce y el olivo. Aferra su arnés con manos de blancos nudillos y uñas rematadas en punta.
-Está completamente bajo control enemigo- grita Mayir por encima del rugido de los motores.
Raine se mueve a lo largo del compartimento de tropas de la *Valkyria* y se sienta en un asiento frente a Mayir. Mientras asegura el arnés de sujeción en su lugar, la *Valkyria* tiembla. Hay una fracción de segundo de ingravidez, seguido de un fuerte traqueteo cuando la cañonera cae unos metros. Raine se queda sin aliento, pero mantiene sus manos firmes, su rostro impasible.
-Lo está- dice Raine. **-Como lo está Caulder´s Reach ahora, Oficial Táctica.**

Mayir entrecierra los ojos. En la penumbra, Raine ve el destello de los implantes biónicos. Son buenos, casi invisibles. No tienen precio.
-El plan para la defensa de la ciudad era sólido- dice ella. Su tono es seco y preciso. -**Si los regimientos hubieran estado a la altura de la tarea, entonces no estaríamos teniendo esta conversación.**
El sargento Daven Wyck comienza a reír. Es un sonido feo. No está sentado, ni asegurado como el resto de su escuadrón de seis miembros. En su lugar, se agarra con el brazo a la red de seguridad de la pared de la *Valkyria*. Está flexionando sus dedos ensangrentados. Hay hollín y suciedad en su cabello rubio.
-Tres almas Antari perdidas por ti- dice, sacudiendo la cabeza. **-Tres de mis Fusileros (*Wyldfolk el original nt*) solo para sacarte de la ciudad. Parece un mal trato.**
Raine no se levanta ni mueve su mano hacia su pistola o espada. Ella solo lo mira.
-Suficiente- dice.
Él aprieta los puños, pero no la desafía. Tampoco el resto de su escuadrón. Saben que es lo mejor.
Lo que no saben es que esta vez, una parte de Raine está de acuerdo con él.
-Antari- dice Mayir, mirando a Wyck. **-Camuflaje militar. Emblema de rifles cruzados sobre un círculo de espinas. La onceava compañía de Fusileros, ¿estoy en lo cierto?**
Wyck la mira con los puños aún apretados.
-Sí, Oficial Táctica.
La forma en que pronuncia su rango está a un paso del abierto desdén.
Saleen Mayir sonríe con sus finos labios.
-Y después de la reunión, qué decepcionante eres.
Raine ve a Wyck abrir la boca para hablar, pero no tiene la oportunidad de hacerlo. Hay un repentino y fuerte estruendo. La alarma de impacto. El piloto, Kain, grita algo a través del vocoemisor. Raine logra escuchar la palabra misiles.
-¡Agarraos!
La voz de Raine se ahoga en una explosión colosal que sacude la *Valkyria*. Sacude el Antari. Sacude los ojos de Raine en su cabeza. Hay un segundo boom y la cañonera comienza a girar. El vocoemisor se activa con más gritos desde la cabina. Hay otro momento de ingravidez, y la *Valkyria* vuelve a caer, esta vez mucho más que unos pocos metros. El estómago de Raine se sacude. Los motores gritan. La Oficial Táctica, Mayir, también grita. A través de la puerta lateral abierta, Raine ve piedra oscura, luego cielo, luego piedra, luego cielo. Nubes giratorias de humo espeso y oscuro. Sufre visión de túnel cuando las fuerzas G presionan contra ella.
Entonces algo golpea a Raine en el costado de la cabeza, y no hay nada más.



Daven Wyck se despierta de golpe y se da cuenta de que está mirando hacia el cielo, y que se ve extraño. Borroso. Parpadea con fuerza y sus párpados se pegan. Sus dedos están bien apretados alrededor de la culata de su arma, pero no puede levantarla. Suena un zumbido en sus oídos. Debajo de eso, el aullido del viento. No es capaz de pensar dónde está. No puede pensar con claridad en absoluto.
Se produce una explosión. Calor, luz y ruido. Carcajadas.
Un recuerdo emerge. Un transporte *Chimera*, destrozado por una mina terrestre. Sangre en su rostro. No su propia sangre, sino la de todos los demás. Saliendo de los restos y entrando en la jungla, olvidado por la muerte.
Pero entonces Wyck parpadea de nuevo. Aquí no hay jungla, solo picos irregulares de piedra oscura. La Quimera, todas esas muertes, fueron hace mucho tiempo en Cawter. No había sido sargento entonces. No había sido nada en absoluto.
Se las arregla para arrastrarse a sí mismo y sentarse. Hay escombros amontonados a su alrededor. Metal gris sobre la piedra gris. Le toma un momento o dos darse cuenta de que está mirando partes de una cañonera *Valkyria*.
Partes de su cañonera *Valkyria*.
El recuerdo del accidente vuelve en pedazos. No se había asegurado, solo agarrado a la red de agarre. Había perdido el control. Caído de la cañonera mientras cavaba un surco en la ladera de la montaña. Wyck mira su brazo izquierdo y lo ve flojo e incómodo, se le cae el hombro. Dislocado.
-Niebla viva- dice con voz ronca.
No es porque le duela el hombro, aunque sí. Como un bastardo. Es porque por segunda vez en su vida, definitivamente debería estar muerto y no lo está. Olvidado por la muerte, otra vez.
Wyck deja que su rifle cuelgue de la correa y levanta su brazo herido, sosteniéndolo como Lye le había enseñado una vez. Agarra su muñeca herida con su mano buena, toma tres respiraciones rápidas y luego empuja contra ella lentamente. Lo hace gemir entre dientes. Su visión se llena con puntos de luz, luego hay un estallido cuando la articulación se vuelve a asentar. Cuenta hasta diez hasta que su visión se aclara y las náuseas se desvanecen, flexionando sus dedos y sintiendo la forma en que sus nervios sacuden su brazo herido.
-Está bien- dice, aunque no hay nadie cerca para escucharlo.
Wyck extiende su mano buena y se pone de pie. Una vez en pie, puede ver cuán muerto debería estar.
Está de pie en un afloramiento que sobresale de uno de los dientes dentados de las fauces. El cadáver de la cañonera se encuentra a unos cien

metros de él, justo lejos del borde. No puede ver la nariz de la *Valkyria* en absoluto, solo los restos del compartimento de la tropa, desgarrado como una lata de ración. Alrededor de los restos, los fuegos arden en manchas de combustible. Wyck no puede ver a ninguno de sus Fusileros Antari. Sin camuflaje gris-verde. Sin cuerpos. Se da cuenta de que todos estaban asegurados, y que probablemente todavía lo estén. La maldita Comisaria y Mayir también.

Wyck se dirige hacia los restos de la *Valkyria*, el viento tira de él aumentando su fatiga. Sus costillas rotas se mueven y rechinan, y se resbala en el suelo, casi cayendo.

No es bueno. No es bueno en absoluto.

Wyck busca las bolsas en su cinturón, una tras otra. Los dos primeros viales están rotos y vacíos, pero el tercero está bien. Lo levanta a contraluz. Una rechoncha cápsula de vidrio con un líquido oscuro dentro. Al final, hay un inyector. Hace retroceder sus fatigas y lo presiona contra su brazo.

Otra dosis tan pronto después de la primera es arriesgada. Estúpido, incluso. Él flexiona sus dedos entumecidos y su visión tiembla. Todo está distante. Borroso.

No está bien, piensa Wyck, y aprieta el inyector.

Hay un suave silbido. Un mordisco de la aguja que apenas siente. Entonces hay algo más. Algo familiar.

El estallido del fuego láser.

Wyck cae y rueda y el rayo láser lo roza en lugar de golpearlo. El disparo proviene de uno de los dos Iluminados escondidos entre las rocas más arriba de la pendiente. Tienen una armadura gris y azul, como la piedra que los rodea, y gafas para el viento. Wyck levanta su arma y dispara, obligándolos a agacharse detrás de esas rocas, luego se pone de pie y corre hacia ellos. Los Iluminados le disparan atemorizados. Otro rayo lo roza. Apenas lo siente. Los estimulantes están haciendo efecto. Todo se está agudizando. Todos los bordes. Los oye gritar en su propia lengua. Wyck dispara a las piernas de uno de ellos. El otro comienza a correr. Lo atrapa y lo estampa contra el suelo. Oye chasquear los huesos. Más chasquidos cuando rompe el cuello del Iluminado. El otro sigue gritando. Gritando en un vocoemisor. Wyck toma el cuchillo del muerto y lo usa en el que aún vive hasta que cesan los gritos. Hasta que hay sangre por toda su cara, sus manos y su uniforme. Roja, abundante e intensa con el olor del hierro. Parpadea, luego escupe. Suelta el cuchillo. Su corazón late con fuerza, y el Iluminado se queda quieto.

-Niebla viva- dice de nuevo.



La comisaria Raine a menudo sueña con llamas. De un cielo encendido. De gritos de los que no puede escapar. Por lo general, al despertar, esos

sueños se desvanecen, pero esta vez no.
Esta vez, las llamas la siguen.
Raine intenta levantarse y se da cuenta de que no puede. Está atrapada, o más precisamente, atada. El compartimento de la tropa de la *Valkyria* está de costado, y está colgada de sus restricciones, suspendida a medio camino de la pared. Raine mira a su izquierda. El soldado Dayn está muerto en su arnés, con el cuello roto. Los dos asientos a su derecha desaparecieron por completo, junto con sus ocupantes. Debajo de Raine, en el lado opuesto del compartimiento, una barra pesada y retorcida de alfileres metálicos, la Directora táctica, Mayir, y el resto de los Antari en sus asientos.
-¡Mayir!- grita Raine, tratando de liberar su arnés de sujeción.
La directora táctica se agita, pero ella no responde. Su cara es una máscara de sangre. Raine recibe una respuesta de Yulia Crys en su lugar. Ella tiene sus brazos bloqueados contra la barra de metal, tratando de evitar que le aplaste el pecho. Crys es fuerte, ancha en los hombros y el pecho, pero la barra es pesada y está débil por el humo y el choque.
-Necesito un poco de ayuda, comisaria- grita, ronca.
Al lado de Crys, Yevi y Nial no se mueven. Raine no puede decir si están vivos o muertos.
-Mantente fuerte- dice Raine.
Raine tira de su arnés, tratando de liberar el mecanismo de bloqueo con una mano mientras se agarra de la red con la otra. En el tercer intento, cede. El arnés se retrae y Raine queda colgando de la red. Se sube a medias, se desliza a medias hasta que alcanza a Mayir y al Antari. El calor de las llamas la golpea y la deja sin aliento. Raine está mareada por el humo y por lo que sea que la haya dejado inconsciente. La piel se tensa en el lado derecho de su cara cuando parpadea.
-Es como Drast- dice Crys. **-La forma en que ruge el fuego.**
Está sangrando por varios cortes profundos en la cara. Más cicatrices para alguien que ya tiene cicatrices.
-Sobrevivimos a Drast- dice Raine. **-Sobreviviremos a esto.**
El metal está caliente al tacto, pero Raine no se inmuta. Ella agarra la barra y comienza a tirar mientras Crys empuja desde el otro lado. Se mueve, pero no lo suficiente. Hay un fuerte crujido de la izquierda de Raine y las llamas florecen hambrientas. Por un instante está tan paralizada como en sus sueños, pero luego Raine tira de la barra de nuevo con todo su peso. Crys empuja desde el otro lado con un grito de esfuerzo y finalmente se mueve. Lo suficiente como para que Raine arrastre a Mayir libre. Para que Crys salga de la brecha y saque al inconsciente Nial de su asiento. Ella trata de liberar a Yevi, pero su arnés se ha quemado y se ha derretido. La piel de Yevi también se ha derretido. Bajo el rugido de las llamas, hay un crujido. Un silbido. Una línea de llamas atraviesa el techo.
-¡Las líneas de combustible!- grita Raine. **-¡Salid de aquí!**
Crys tira del arnés una vez más, pero no cede. Se suelta con un grito de dolor, luego agarra a Nial y corre. Raine está a su lado con Mayir, por lo que

la escucha con claridad, diciendo las mismas palabras una y otra vez.
-Sin destino- dice Crys. **-No hay destino.**



Wyck ve a Crys huir de la *Valkyria*, arrastrando a Nial con ella. Raine también está allí, y Mayir. La Oficial Táctica está blanca como la niebla y cubierta de sangre. Ella se tambalea y se derrumba. Raine también está sangrando por una herida profunda en la cabeza. Sus ojos se abren cuando lo ve.
-¡Wyck!
Su acento tuerce el sonido de su nombre.
-¿Dónde están los demás?- dice.
Raine lo agarra del brazo y detiene su carrera.
-¿Dónde están los demás?- Wyck le grita esta vez.
La respuesta de Raine es agarrarlo y empujarlo al suelo mientras una explosión envuelve los restos. Raine se protege la cara. Wyck no lo hace. Deja que el calor le pique la piel y la luz lo deslumbre. En algún lugar, bajo el fuego de las llamas, jura que escucha un grito. Entonces las llamas se retiran y el viento sopla el humo claro. Lo que queda parece huesos ennegrecidos. Wyck se pone de pie. La forma en que los estímulantes hacen que todo se agudice significa que él también ve lo que hay entre los huesos.
-Wyck- dice Raine.
Él la mira. Ante sus ojos oscuros e inescrutables y las pálidas cicatrices que se destacan contra su piel. En su abrigo y su faja y la pistola que sostiene, su dedo nunca está lejos del gatillo. Se pregunta si ella incluso se da cuenta de las muertes, o si cortaron esa parte cuando la entrenaron.
-Necesitamos movernos- dice ella.
Esas palabras hacen que deje de preguntárselo.
Raine se da la vuelta y se aleja. Ella pone a Mayir en pie y le grita a Crys que se levante. Wyck está a punto de seguirla cuando nota algo a sus pies, brillando en la tierra. Se agacha y lo levanta. Es una piedra preciosa coloreada, roja como una gota de sangre. Hay una tosca águila rayada en la superficie. Wyck lo ha visto muchas veces, porque Yevi solía lanzarlo entre sus manos antes de una pelea.
Solía decir que le daba suerte.
Wyck deja escapar un suspiro lento, luego lanza la piedra con fuerza sobre el borde del acantilado y hacia las Fauces.



-¿Cuántos?- pregunta Raine.

Mayir gime cuando Raine cierra la herida en su estómago. Algo golpeó a la Oficial Táctica durante el choque y la cortó profundamente. Muy profundo. El apósito se inunda de rojo inmediatamente, empapando las manos de Raine.
-Dos- dice Wyck. **-Exploradores, por su equipo. Vendrán más.**
No les da mucho tiempo. Ciertamente, no lo suficiente para un tratamiento de campo real. Raine desabrocha su faja y se la quita, luego la enrolla alrededor de la cintura de la Oficial Táctica sobre la parte superior del vendaje. Cuando ella lo aprieta, Mayir grita.
-Te matarán- murmura Mayir. **-Te matarán y me llevarán.**
-No te llevarán- dice Raine. **-No lo permitiré.**
Mayir niega con la cabeza. Sus ojos artificiales todavía son cristalinos, pero parece que no puede mantenerlos fijos en Raine.
-Han tomado docenas- dice ella. **-Los de valor. Nunca se los vuelve a ver.**
Buena parte de eso es cierto. Los Iluminados han tomado muchos prisioneros, todos de algún valor para la máquina de guerra imperial. Es por eso que el Alto Mando quería a Mayir fuera del Caulder´s Reach. Por las cosas que ella sabe. Es la última parte la que no es del todo cierta. Raine escuchó que el cadáver en ruinas del general Lorin se exhibía en la cabecera de la columna blindada de los Iluminados cuando vinieron a retomar el Caulder´s Reach. Su valor, al parecer, era extender el miedo. Ciertamente había funcionado en Saleen Mayir. La Oficial Táctica estaba temblando, estremeciéndose ante cada sonido distante.
-Sácame de aquí- dice Mayir. **-Me aseguraré de que seas recompensada por ello. Tengo influencia. Todo lo que quieras.**
No había rastro de la actitud arrogante de la Oficial Táctica ahora que se derramaba su propia sangre. Ahora solo estaba desesperada por mantenerse con vida. Hace que Saleen Mayir sea débil, y si hay una cualidad que Raine no puede soportar, es la debilidad.
-El deber es su propia recompensa- dice ella.
Raine mira a Crys. Ella se agachó sobre la unidad vox que Wyck tomó de los exploradores Iluminados, transmitiendo un mensaje de emergencia repetido en la jerga Antari. Nial está sentado a su lado con la espalda contra una roca, consciente ahora. Su cara es un desastre, tiene la nariz rota y la barbilla abierta hasta el hueso. La mayoría de sus dientes fueron destrozados en el choque. Sin embargo, tiene su pistola láser levantada, observando los senderos de las montañas.
-¿Algo?- dice Raine.
Crys sacude la cabeza.
-A menos que cuente la estática, Comisaria. Creo que debemos ir más alto para obtener una señal clara- hay una pausa. Un ceño fruncido. **-A menos que sea porque no hay nadie alrededor para responder.**
Le toca a Raine sacudir la cabeza. El Iluminado puede haberles puesto en la retaguardia, pero la derrota era impensable.
-Sigue así- dice ella. **-Subiremos más, como tú dices. Nos escucharán.**

Raine pone sus manos debajo de los brazos de Mayir y la pone de pie. La Oficial Táctica grita de dolor.
Ella tiene que apoyarse contra el acantilado para mantenerse erguida. Su rostro está pálido y Raine puede escuchar sus ojos biónicos luchando por concentrarse.
Raine sabe que Mayir no podrá correr ni pelear.
Tengo influencia, había dicho Mayir. *Todo lo que quieras.*
Ella tampoco se mantendrá fuerte. Se arrodillaría ante los Iluminados, si creyese que eso le salvaría la vida.
Raine se quita el abrigo y comienza a quitarse los guantes.
-¿Qué estás haciendo?- dice Wyck.
Raine lo mira a los ojos. Sus pupilas están dilatadas, tragándose el gris. Parece una conmoción cerebral, pero Raine lo sabe mejor.
-No podemos escapar de los Iluminados con Mayir- dice ella. **-Y no podemos dejar que se la lleven-** se quita la gorra con visera. El viento muerde sin ella. **-Pero si me llevan en su lugar, entonces tienes la posibilidad de que Mayir vuelva al Alto Mando. De cumplir con nuestro deber.**
Wyck la mira fijamente.
-Te matarán- dice rotundamente.
La idea no parece molestarle particularmente.
-Podrían- dice Raine. **-Pero primero me llevarán a donde llevaron a los otros prisioneros.**
Él parpadea. **-La fortaleza de los Iluminados.**
Ella asiente. **-Y entonces sabrás dónde está, y también lo hará el Alto Mando.**
-¿Cómo?- dice Wyck. **-Nadie ha logrado rastrearlos hasta ese lugar. Desaparecen en las montañas como el agua en la tierra.**
Raine mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca su reloj. Todavía está intacto, incluso después del accidente. El único daño es la grieta que ha estado allí desde el día en que la recibió. Desde el día en que se dejó en una caja sin marcar en la Schola Progenium de Gloam (***scholam Gloam en el original nt***), donde fue entrenada.
-Toma esto- dice ella. **-Encuentra a Zane y dáselo solo a ella. Ella sabrá cómo encontrarme.**
Wyck frunce el ceño, pero toma el reloj. Raine lo ve meterlo en una de las bolsas de su cinturón. Se siente vacía, como si le faltara una parte. Ninguno de los Antari ha tenido ese reloj. Ni siquiera Andren Fel, aunque ella confía en el capitán de los soldados de asalto con su vida.
Y Raine sabe con absoluta certeza que no puede decir lo mismo sobre Daven Wyck.



Sobre el lugar del accidente de la *Valkyria*, el camino se aplana. Los árboles altos y resistentes crecen agrupados, crujiendo en el viento alto y frío. El suelo debajo de los pies es un desastre de raíces rizadas y pedregales sueltos. Wyck mantiene su arma levantada y coloca los pies con cuidado. Cada ruido es ensordecedor. Las grietas en la corteza parecen sonrisas sombrías. Él piensa en Antar. Los bosques de su mundo natal son espesos y oscuros, llenos de espinas y ricas hojas verdes donde la niebla se enrosca bajo los pies. El tipo de lugar donde te puedes perder. Donde cosas con dientes esperan en la oscuridad. Un lugar de historias y supersticiones. Su escuadrón lleva el nombre de una de esas historias, por los espíritus malvados del bosque que acaban rápidamente con los intrusos. Debería sentirse a gusto entre los árboles, pero no, porque esta vez es él el intruso.

Es el reloj también, lo que lo hace desconfiado. Le pesa mucho, en la bolsa junto a la otra bolsa, donde guarda su último frasco de estimulantes. Una parte de Wyck jura que puede oírlo sonar, como un latido que lleva consigo.

Wyck se detiene y ve algo entre los árboles. Un movimiento apenas vislumbrado. Son los Iluminados. No puede decir cuánto tiempo han estado observando, pero espera que no el suficiente como para que sepan que Raine no es Mayir. Que la Oficial Táctica se está escondiendo con Crys y Nial, en los acantilados.

Wyck levanta la mano y Raine se mueve a su lado. Apenas escucha sus pisadas. Ella tiene la capa amarilla ensangrentada de Mayir arrojada sobre sus hombros. Pensó que eso la haría parecer menos una comisaria, pero no lo es. No es el uniforme lo que hace que Severina Raine sea lo que es.

Raine ve lo que él ve. Ella levanta lentamente su pistola.

Y el bosque se llena de disparos.

Un disparo láser golpea el tronco del árbol a la izquierda de Raine. Las astillas la golpean, seguidas del olor a madera quemada. Los Iluminados aparecen por todas partes. Rodeándolos. Las palabras bramidas en su lengua gutural llegan a ella. Le toma un momento entenderlos.

-¡La tenemos!- grita la voz. **-¡La tenemos!**

El resto de los Iluminados retoman el grito hasta que el bosque resuena con él.

Raine mira a Wyck. **-Saca a Mayir de aquí-** dice ella. **-Como ya he dicho.**

Pasa un largo momento antes de que él asienta. Un momento lleno del chasquido del fuego láser y el astillado de la madera.

-Como dijiste- dice.

Raine sale corriendo hacia los Iluminados. El canto es interrumpido por una ola de vítores y gritos. Ella levanta su pistola, disparando dos veces. Dos de ellos son alcanzados en sus espaldas. La sangre empaña el aire y mancha la corteza pálida de los árboles. Un disparo le roza la pierna. Otro su hombro. Debería arder, pero todo lo que siente es frío. La sensación se extiende a lo

largo de sus extremidades hasta que ya no puede correr. A su alrededor, la escarcha se está extendiendo por los troncos de los árboles. El peso presiona a Raine desde la nada, y ella se ve obligada a arrodillarse. Su visión queda deslumbrada.
Una figura aparece a la vista. Raine ve sangrientos pies descalzos y una larga capa de plumas que se engancha en las raíces de los árboles. Ella levanta la vista. Un hombre se para sobre ella, sus labios en una sonrisa. Su rostro se refleja una docena de veces en las piedras preciosas talladas donde deberían estar sus ojos.
-Ella- dice, en gótico esta vez.
Luego cierra el puño y la oscuridad se la lleva.



Wyck se sienta junto al cuerpo del explorador Iluminado con la espalda contra uno de los pálidos árboles, limpiando la hoja de su cuchillo con su uniforme. Ya no son verdes y grises. Son de todos los tonos de rojo, de escarlata a óxido. Sangre sobre sangre. El Iluminado es un desastre que Wyck no recuerda haber hecho. Solo recuerda el sentimiento. Brillante y vital. Es una de las únicas cosas que lo hacen sentir así.
Eso y los estimulantes.
En su otra mano, sostiene el reloj de Raine. Sigue llamando su atención. Latón y hueso, marcado con un sello que no conoce. Bellamente trabajado. Hay una palabra raspada torpemente en la parte posterior de la caja, como a mano. *Un nombre*, piensa. Lucia.
Wyck se pone de pie. Le duelen los brazos y las piernas de correr y pelear, y tiene el labio partido en donde el explorador Iluminado le golpeó. Camina hacia donde los árboles se derraman desde el acantilado. Las Fauces se extienden hacia abajo, profundas y oscuras. Wyck sostiene el reloj de Raine sobre el borde de la cadena. El viento lo agita y lo hace girar. El nombre grabado en la parte posterior parpadea a la luz.
Podía dejarlo caer. Decirle a Crys y Nial que Raine estaba muerta. Podrían llamar a una Valkyria y volar lejos de las Fauces. El Iluminado la mataría, y habría acabado con la comisaria Severina Raine y la forma en que ella se cernía sobre él como un espectro de muerte. Como el sabueso negro de las viejas historias, va a matar a aquellos que el destino olvidó tomar.
Mira el reloj que cuelga y quiere que su mano temblorosa se abra, pero sus dedos no se mueven.
No le importa la sangre de Raine en sus manos. Ella no es Antari. Ella no es una de ellos. Ella es una extraña, y él sabe a ciencia cierta que no dudaría en dispararle. La ha visto hacerlo a mejores hombres.
Pero todavía no podía dejarlo caer.
Si ella moría aquí, sería reemplazada por otro. El espectro lo seguiría de una forma diferente. Al menos con Raine, como con los bosques de su

casa, la muerte tendría un rostro familiar. Ella también se lo debía, le gustara o no. Tal vez incluso dejaría de mirarlo.
Luego está el nombre rayado en el latón del reloj.
Lucia.
Prueba de que todavía hay una parte de ella que se preocupa por algo. Wyck siente el mínimo tirón de una sonrisa.
Porque algo que le importa a la Comisaria es algo que puede usar.



La cañonera *Valkyria* se establece en la meseta plana en el corazón de las Fauces en medio de una tormenta de polvo. Los turborreactores disminuyen la potencia y quedan en silencio, luego se escucha un ruido sordo cuando cae la rampa. Seis soldados Antari desembarcan. Lo que queda de los Fusileros Antari de Wyck. Los que tuvieron la suerte de estar en la otra *Valkyria* fuera del Caulder´s Reach. Les siguen cinco más en negro y gris con rostros enfadados pintados en sus máscaras. Andren Fel y sus Sabuesos (***en el original Duskhounds nt***). El Alto Mando también envió a Lye. Wyck manda al médico directamente hacia donde está sentada Mayir. Lye remendará a Mayir lo mejor que pueda y luego la acompañará de regreso al Alto Mando. Los ojos de Wyck vuelven a la cañonera cuando la última figura pone un pie en la rampa. Lydia Zane. El pálido rostro de la psíquica se vuelve hacia Wyck de inmediato y él aprieta su arma.
-¿Esto es todo?- dice Crys. **-¿Vamos tras los Iluminados con esto?**
Wyck asiente. La respuesta del Alto Comando cuando finalmente se conectaron a través del dispositivo vox había sido clara. Con los Iluminados recuperando la ciudad principal, no hay más armas de sobra. Los Antari deben seguir el rastro de Raine solos. Si la encuentran a ella y a la fortaleza de los Iluminados, (y el Lord General había puesto mucho énfasis en eso) si, entonces tendrían cuatro horas para recuperarla a ella y a cualquiera de los otros prisioneros de alto valor y causar tanto daño a los Iluminados como fuera posible.
Después de eso, el sitio sería bombardeado desde la órbita, estén los Antari todavía allí o no.
-Ya era hora- dice Wyck, mientras su escuadrón se reúne con él.
Crys y Nial se unen a los demás, intercambiando apretones de manos y palabras suavemente.
-Pareces un desastre, Dav- dice Awd.
Wyck eligió a Gereth Awd como su segundo cuando tuvo que dividir la unidad porque era uno de los Fusileros Antari más veteranos que aún estaba vivo. Uno en el que puede confiar, principalmente porque Awd le debe varias veces la vida.
-Quieres decir que parece que he estado ocupado, en lugar de estar sentado.

Awd sonríe, pero siempre está sonriendo. Las cicatrices de quemaduras no le permiten hacer otra cosa. Estaba tan sucio como Wyck, su camuflaje se había vuelto gris y sus nudillos abiertos hasta el hueso. Estaba cubierto de cenizas y suciedad por usar el lanzallamas colgado de su pecho.
Los ojos de Awd se suavizan. Es la forma de decir que habla en serio.
-Aquí estamos- dice. **-Lo que queda de los Fusileros Antari.**
Wyck asiente. Piensa en tirar la piedra de la suerte de Yevi a las Fauces.
-Los mataremos por lo que nos han hecho- dice. **-Por cada muerte.**
Los dos se aprietan las muñecas.
-Por cada muerte- dice Awd.
-Wyck.
La voz de Lydia Zane tira de él como garras enganchadas en su mente.
-Llévate a los demás y vigila- dice Wyck a Awd.
Awd hace lo que le dicen y Wyck se vuelve para mirar a Lydia Zane. Todavía no se había acostumbrado a la pérdida de sus ojos grises Antari, y a los biónicos plateados que los habían reemplazado. Siempre odió mirar a los psíquicos a los ojos antes, pero ahora era aún peor. Parecía que ella podía ver más de él, de alguna manera. Andren Fel se para al lado de Zane. La armadura del Sabueso es negra y gris, exceptuando el recubrimiento de sus antebrazos. Rojo, para marcarlo como capitán.
-Raine te dio algo que puedo usar para encontrarla- dice Zane. **-Para seguir la forma de su alma.**
Wyck saca el reloj de la bolsa de su cinturón y lo extiende para que Zane pueda verlo. Hay un cambio en Andren Fel, el movimiento más simple de sus dedos sobre la culata de su rifle inferno.
-La Comisaria te lo dio- dice.
El Sabueso suena como si no lo creyera por un momento. Wyck lo espera de él. Fel sigue a Raine como una sombra. Bien podría no ser Antari en absoluto.
-Libremente- dice Wyck. **-Me dijo que nadie más lo tocara, excepto Zane.**
La cara de Fel está escondida detrás de su máscara de Sabueso, pero Wyck puede decir que está enojado y no puede evitar sentirse un poco satisfecho por eso. Una inquietud progresiva se abre paso en su lugar. Más pensamientos en su mente.
-Está diciendo la verdad- dice Zane. Después sonríe. **-Esta vez.**
Wyck escupe en el suelo a sus pies. Su mente arde donde la de ella lo rozó. Él trata de no pensar en lo que ella podría haber extraído.
-Haz eso otra vez y te cortaré en pedazos. Esa es la verdad.
Lydia Zane se ríe. **-Me encantaría que lo intentaras.**
Wyck aprieta sus puños. Quiere golpearla, o mejor, dispararle. Sin embargo, no lo hará, y ella lo sabe.
Le tiene demasiado miedo.
-Haz tu maldito hechizo- dice, y le arroja el reloj.
Zane lo atrapa fácilmente en sus dedos enguantados. **-No es un hechizo-** dice ella. **-Es una sensación.**

Wyck no ve la distinción, y tampoco le importa mucho.
-¿Cómo funciona?- pregunta Fel.
Zane se quita uno de sus guantes.
-Nuestras almas resuenan dentro de las cosas que llevamos, especialmente las que nos son cercanas.
Ella sostiene el reloj por la cadena.
-Una vez que tengo ese eco, la forma de un alma, puedo encontrarlo de nuevo.
-Como un sabueso con el olor- dice Fel.
Zane asiente.
Ella baja el reloj a su mano. Wyck mantiene su dedo en el gatillo de su rifle. Puede ver a Fel haciendo lo mismo. En el momento en que la carcasa de latón toca la piel de Zane, la temperatura a su alrededor cae como una piedra.
-Oh- dice Zane.
-¿Qué?-dicen Wyck y Fel al unísono.
Zane no mira hacia arriba, está enfocada completamente en el reloj. Wyck puede escuchar sus ojos plateados enfocarse con un suave silbido.
-El eco del alma es fuerte- dice ella, su respiración se empaña en el aire.
-¿Puedes usarlo para encontrarla?- pregunta Fel.
Zane asiente. Wyck observa cómo una única e imposible lágrima se desliza por su mejilla. Queda congelada contra su piel. Se pregunta exactamente qué vio Zane cuando tocó el reloj. ¿Qué podría hacer llorar a una mujer como Lydia Zane, en nombre del Trono?
-¿Qué es?- dice Fel, su dedo todavía en el gatillo del arma.
Zane se quita el hielo de la mejilla. **-Nada preocupante-** dice ella. **-Seguidme.**



Raine se sienta en un taburete de madera dura, con los codos apoyados en la mesa frente a ella. Fuera, el viento aúlla. El aire se siente húmedo, incluso a través del lienzo de su tienda de comandante. Sobre la mesa se encuentra su pistola bólter. Está desmontada de manera adecuada y cuidadosa de la manera en que le enseñaron a hacerlo en la Schola Progenium. Un lugar para cada pieza. Cada pieza en su lugar. Sus maestros habían dicho que ella se encontraría esa máxima, que vale para todas las cosas en sus deberes como Comisaria. Raine a veces se pregunta si sus maestros alguna vez consideraron lo que sucedería si una pieza se pierde.
Cuando no puede ser reemplazada.
-Así que, ¿una historia entonces?
Raine mira a Andren Fel. Está sentado frente a ella, también apoyando los codos sobre la mesa. Sus brazos son un mosaico oscuro de tatuajes.

Sabuesos sombríos, espectros de agua y lazos de espinas puntiagudas. A medida que la linterna colgante se balancea, parecen moverse.
-¿Es mi turno?- dice Raine.
El asiente.
-¿Qué historia quieres escuchar?- pregunta ella.
-¿Qué pasa con ese reloj que llevas?. Cuéntame sobre eso.
Raine introduce un cepillo delgado en el cañón de la pistola para quitar las impurezas. **-No nos conocemos lo suficiente para eso.**
-¿No?
Raine piensa en los caminos que los han llevado a conocerse. Sobre sus cicatrices e historias. No es suficiente. No para eso.
-No- dice ella, y comienza a enroscar el cañón en el receptor de la pistola.
-Fue hecho en Darpex- dice Andren. **-Y de ahí vienes tú también, ¿no?**
-Pensé que querías que contara esta historia- dice ella. **-Pero parece que ya lo sabes.**
-Justo lo que he escuchado.
-Darpex no importa- dice, aunque sí importaba**. -Fui entrenada en Gloam cuando me llevaron a la schola. Cuando fui convertida en lo que soy ahora. Dónde nací, quién era antes de eso; esas cosas apenas importan y tú lo sabes.**
Andren le sonríe. Es una sonrisa que no se asienta fácilmente en su rostro, como si no fuera la suya. **-No estoy seguro de decirlo-** dice. **-No si hubiera nacido de padres como los tuyos.**
Un escalofrío recorre a Raine, que tiene problemas para ocultarlo. **-Está sobrepasándose, capitán.**
El viento se levanta fuera de la tienda. La lluvia golpea el lienzo.
-Lord General Comandante Thema Raine- dice. **-Tu madre tiene un nombre al que se puede aspirar.**
Él inclina su cabeza.
-Pero tu padre, no tanto. Debe irritarte que lleves su sangre.
Sonríe de nuevo, demasiado.
-La sangre de un cobarde- dice.
Las palabras no son suyas. Nunca le hablaría así. Su voz también está mal, distorsionada como una mala grabación. O una voz que puedes escuchar en un sueño. Raine ve la superficie de la mesa. La taza de lata cerca de su codo. Ambos no tienen textura y son indistintos.
Recubiertos de escarcha.
-Esto no es real- dice ella.
Andren se ríe, y eso lo resuelve. Ella conoce esa risa lo suficientemente bien como para saber cuándo está mal.
-¿De qué estás hablando?- dice.
Raine niega con la cabeza y su visión desenfoca, de borde a borde. Ella monta la pistola; sus dedos fríos y lentos.
-Esto no es real- dice de nuevo. **-Y tú tampoco.**

Levanta su pistola reconstruida y le apunta a la cara. Justo entre sus ojos grises Antari. Le tiemblan las manos y su corazón retumba rápidamente.
-Esto es una mentira- dice ella.
Levanta las manos, cicatrizado y tatuado. Sus ojos se agrandan. **-Severina-** dice. **-No.**
Su pistola retumba y Andren cae hacia atrás. Su sangre la golpea en la cara. El viento pasa de un aullido a un grito que desgarra la tienda. Convierte la mesa en astillas. Raine cierra los ojos con fuerza y mantiene las manos apretadas sobre su pistola mientras el mundo se desmorona.
Cuando los abre de nuevo, está en un lugar completamente diferente.
El suelo es de piedra, atravesado con brillantes vetas plateadas. Grandes gotas de sangre se asientan allí en la superficie. Otra gota cae de su nariz para unirse a las demás mientras observa. El aire es frío y tiene un olor extraño, como flores viejas. Raine está de rodillas, con las manos encadenadas frente a ella a través de un bucle conducido al suelo de la cueva. Cuando intenta moverse, se da cuenta de que la misma cadena le ata los pies. Raine levanta la cabeza con esfuerzo y se encuentra mirando una vez más a los ojos de piedras preciosas del hombre del bosque.
Él sonríe.
-Tan fuerte- dice. Su acento es extraño. Él no es de Gholl. **-Tu mente es una jaula, Severina Raine.**
Él sabe su nombre. Por su puesto que lo sabe. Ha estado dentro de su mente. El estómago de Raine se le da la vuelta. Todavía puede sentir el frío tacto metálico de su pistola en sus manos. La forma en que la sangre de Andren salpicaba su rostro. Ella no puede evitar dejar escapar un ruido de ira sin palabras.
El hombre se levanta y le da la espalda, haciendo que las plumas de su capa se agiten. Están en una cueva que se extiende hacia arriba y lejos, el techo perdido en la oscuridad. Las estalagmitas de cristal son centinelas alrededor de un estrado central. Hay un patrón tallado en él que hace que le piquen los ojos a Raine cuando lo mira. El hombre lo pisa, sus pies dejan huellas sangrientas que desaparecen casi de inmediato, como tragadas por la piedra.
-¿No me preguntas mi nombre?- dice. **-Sé el tuyo.**
Ella escupe en el suelo, tratando de deshacerse del sabor de las rosas. **-Los traidores no tienen nombres. Son sólo eso. Traidores.**
El hombre suspira.
-Acércate, ahora- dice. **-Hay un gran poder en los nombres. Sabes que es verdad, Severina Raine de Darpex, luego de Gloam. Tú, que elegiste mantener el nombre de tu madre, y no el de tu padre.**
Las extremidades de Raine tiemblan con la necesidad de ponerse de pie y matarlo. La necesidad de recuperar sus secretos y su identidad del traidor con los ojos de piedras preciosas.
-Soy Arcadius Verastus- dice el hombre. **-Noveno de nueve.**

Su túnica es simple y oscura. Sin insignia, excepto por la cadena de plata alrededor de su cuello en la que cuelga un amuleto en forma de pluma. Nada que le diga qué es él, más allá del nombre y el título que se ha dado.
Noveno de nueve.
El número se eriza en la piel de Raine.
-Lo que sea que quieras, no lo obtendrás de mí- dice ella. **-No te diré nada.**
Verastus sonríe pacientemente.
-Oh, lo sé- dice. **-Pero entonces no necesito que lo hagas. Ya sé todo sobre ti. Sé que permitiste que te capturaran en lugar de Saleen Mayir y que pusiste tus esperanzas de rescate en un hombre que te odia.**
La garganta de Raine se tensa.
-Pensaste que queríamos a Mayir- dice Verastus. **-Pero ella es una criatura mundana. Mucha sangre en esas manos, pero sin valor real. Solo se otorgan pequeñas bendiciones a cambio de personas como ella.**
Él da un par de pasos hacia ella. La piedra bebe sus huellas.
-Piensas en valor y piensas en rango. En medallas y pequeñas cosas insignificantes- se agacha frente a ella. **-El verdadero valor está en tu potencial. En la forma en que el destino tiembla ante el toque de un alma. Como hace con la tuya.**
El olor a flores viejas viene de él. Dulce y podrido, todo a la vez.
-Siempre fuiste tú- dice. **-En mis sueños de vigilia caíste del cielo con alas de fuego. A la luz de tu alma, las llamas parecían claras y tenues.**
Él levanta su mano como si fuera a tocar su rostro, deteniéndose a escasa distancia. La presión comenzaba a acumularse detrás de los ojos de Raine.
-Las cosas que has hecho. Las cosas que harías, si te dieran la oportunidad. Eres una creadora de destinos, Severina Raine, y mi señor dará grandes cosas a cambio de tu alma.
Raine mantiene la cabeza en alto, aunque su visión se está volviendo borrosa en los bordes. **-Tanta fe en las falsas promesas-** dice ella. **-Morirás, y también tu señor.**
Verastus se balancea sobre sus talones y se ríe. Es una risa seca, como garras arañando piedra.
-¿Mi señor morirá? Oh por favor.
Su sonrisa demasiado amplia se ensancha.
-No puedes matar a un dios.



Antes de que la *Valkyria* despegue, Wyck lleva a Nuria Lye a un lado, lejos de los demás, donde el rugido de los motores de la nave mantiene sus palabras entre los dos.
-No- dice ella, antes de que él le pregunte nada.
-Nuria. Me lo debes.

Es verdad. Para muchas cosas, al igual que con Awd, si hay una cosa que Wyck sabe, es el valor de una deuda.
-Estás persiguiendo la muerte- dice ella. **-Por derecho, la cantidad de veces que lo intentas, ya debería haberte matado.**
-Haces que suene como si te importara.
Lye se ve furiosa. Por un segundo él piensa que ella podría golpearlo. Casi quiere que lo haga.
-¿Sobre ti?- dice ella. **-Yo no. Ni un poquito. Me importa lo que le harás al regimiento. A nuestra reputación.**
Wyck no puede ver la verdad como Lydia Zane, pero sabe que a Lye todavía le importa. Es por eso que ella siempre cede, al final.
-Dices que estoy persiguiendo la muerte- dice. **-Pero no. Me está persiguiendo, y lo ha hecho desde Cawter. Tú lo sabes.**
Se pasa la mano por el mechón de pelo rojo. **-Debería informar-** dice ella.
-Entonces te meterán una bala tan seguramente como a mí- dice. **-Y nadie ganará excepto la muerte.**
Nuria Lye deja escapar un suspiro largo y lento. Ella mete la mano en la bolsa de su cinturón, saca tres viales y los presiona contra su mano.
-Lo suficiente como para hacerlo- dice ella. **-Y nunca más.**
Él cierra su mano alrededor de los viales. Es lo que ella dice cada vez, y nunca es cierto.
-Como tú dices- dice. **-Lo suficiente, después nunca más.**



-Un dios- dice Raine con incredulidad. **-No eres solo un traidor, eres un loco. Un hereje. Solo hay un dios, Él en la Tierra.**
-Eso es lo que te dicen, ¿no? Desde el día en que naces, te conducen una y otra vez. Supongo que lo escuchaste muchas veces en la Schola Progenium- Verastus hace una pausa y hay un parpadeo en su rostro. **-Sé que lo hacen.**
Las extremidades de Raine se enfrían, como si la hubieran arrojado al agua helada. Ella se pregunta qué era él antes de que tomara esas mentiras en su corazón. Antes de abandonar sus ojos por las piedras preciosas.
-No te molestes en expresar la pregunta- dice Verastus, respondiendo sus pensamientos. **-Es como dijiste: lo que éramos antes apenas importa, ¿verdad?**
Raine tira de sus restricciones ante el sonido de sus propias palabras provenientes de la boca de su mentiroso, pero ella no puede alcanzarlo. No puede silenciarlo.
-Estás tan ciega- dice.
Él gira su mano extendida y el dolor en su cabeza aumenta.
-Veamos si podemos cambiar eso, ¿de acuerdo?

El mundo se deshilacha, desgarrándose como tela, hasta que Raine se encuentra con Verastus en un espacio abierto. La piedra gris con marcas de virutas se extiende por todos lados, bordeada por muros fortificados que alcanzan el cielo. Parece un patio de armas. La nieve cae en silencio. Donde toca la piel de Raine, la quema.
Ella trata de arrojarse sobre Verastus, lastimarlo, incluso si es solo en este mundo de sueños, pero sus miembros la rechazan. Permanece en su lugar, respirando con dificultad entre dientes.
-Siempre peleando- dice. **-Pero bueno, para eso te entrenaron.**
Las enormes puertas de piedra al otro lado del patio se abren con un retumbar. Las figuras se presentan a través de ellas en formación. Una compañía de sombras.
-Dije que eras un destino- dice Verastus. **-Y estos son los destinos que has hecho.**
Raine ve a Yevi, su piel corre como la cera. Ve a Tevar Lun, su rostro honesto destrozado por su pistola. Ve a Varn, con agujeros lo suficientemente amplios como para ver a través de ellos. Dayn y Ludi y Selk y docenas y docenas más de Antari. Luego están los otros que vinieron antes, de cada guerra en todos los frentes. Un revoltijo de fatigas, trajes de batalla y túnicas. Luego, por último, pequeñas figuras con zapatos de suela blanda y ropa escolar.
-Esta es tu revelación- dice Raine. **-Me muestras a los muertos como si esperaras que me aleje de ellos. Sentir culpa o vergüenza. Soy una Comisaria. La muerte es mi compañera, y cumplirla es mi deber.**
Verastus la mira de soslayo.
-Palabras bonitas- dice. **-Pero esto no es todo lo que tengo que mostrarte.**



Wyck exhala lentamente mientras observa a los exploradores Iluminados entrar en el claro a través de la mira de su rifle. Sus dedos tiemblan en el gatillo. El calor se precipita en su cabeza. Lo que sea que Lye le dio, funcionó. Pero luego, tomó dos dosis.
Lo suficiente como para hacerlo, tal como ella dijo.
Es un esfuerzo no caer del árbol en el que se esconde y perseguirlos. Quiere moverse y luchar y lastimarlos. Pero no puede, porque necesitan hacerlo en silencio. Tiene que esperar a que se acerquen. Al igual que con las otras patrullas, han silenciado su camino desde las profundidades de las Fauces.
Los Iluminados están hablando en su propia lengua. Wyck sabe algunas palabras. El tipo de palabras que captas durante una guerra.
Proteger o mantener. Busca o mira.
Entonces esa última palabra.

Mantener. No mantener como lo harías con una posesión. Mantener como un castillo.
La fortaleza.
Están en el camino correcto. El sentido de bruja de Zane está funcionando.
Hay un chasquido de ramas entre los árboles. Los Iluminados se callan, y sus rifles se alzan. El que tiene la espada en su cadera y el grupo se dividen. Seis siguen viniendo hacia Wyck y los Fusileros de Antari, incluido el que tiene el dispositivo vox en la espalda. Cinco regresan en una extensión irregular hacia donde los Sabuesos esperan en la sombra.
Las orejas de Wyck escuchan sus pasos. Tiene la boca seca. Su corazón le late fuerte.
Tienen que acercarse. Meterse en el círculo.
El círculo es Crys y Awd y el resto de sus Fusileros de Antari, esperando entre los árboles, en los matorrales y las piedras en pie. Esperando a que el círculo se cierre, para cuando puedan enrollarse alrededor de los Iluminados como zarzas y no soltarlos hasta que los hayan desangrado.
Tienen que acercarse.
El Iluminado con el dispositivo vox se gira, su rostro se posa en los ojos de Wyck.
Él aguanta la respiración.
Y entran en el círculo.
Wyck dispara su rifle, y el Iluminado con el dispositivo vox cae con un alarido y una espiral de humo. Hay un grito del que tiene la espada en la cadera. La desenvaina, avanzando hacia la línea que Crys ha establecido. Hay una serie de estallidos bajos y ráfagas de fuego en un círculo alrededor del Iluminado. Más gritos. Otra palabra que Wyck sabe.
Matar.
Wyck cae del árbol, justo encima del líder explorador con la espada, tirándolo al suelo. Esa bonita espada es inútil cuando tu atacante tiene un cuchillo entre tus costillas. La sangre hace que su mano sea resbaladiza. Las garras del Iluminado arañan su cara y garganta. Wyck retuerce el cuchillo. Más sangre. Las garras se detienen.
La emboscada se ha convertido en un combate cuerpo a cuerpo, con los Iluminados luchando como lobos arrinconados. Hay gritos y maldiciones. Golpes, movimiento desesperado. Destellos de disparos láser y pavesas encendidas. Para Wyck, todo parece estar sucediendo muy lentamente. Ve a Crys derribar a uno de los Iluminados de un puñetazo en la garganta. Otro de ellos va a clavarle uno de sus cuchillos de hoja negra en la espalda. Wyck se interpone entre ellos porque es más rápido. Más rápido que nunca. Rompe el brazo de cuchillo del Iluminado, luego lo golpea con la culata de su rifle, rompiendo el cristal de las gafas del Iluminado y la mayor parte de la cara que hay debajo. Dientes, sangre y huesos. Se da la vuelta para mirar a otro de los Iluminados, también lo golpea, y luego le dispara. Sudor, aceite y humo. El corazón de Wyck retumba. Tan fuerte. Una sombra

se mueve en su visión periférica. Se da la vuelta rápidamente, con los oídos retumbando y el corazón latiendo como un tambor rodante.
Y se da cuenta con un instante de sobra, que está apuntando con su rifle a Andren Fel. Sus dedos se contraen. Es un esfuerzo consciente y deliberado para bajar su arma.
-Ya está hecho- dice Fel lentamente.
O tal vez no es lento. Wyck realmente no puede decirlo. Mira a su alrededor al vidente, desplomado y quieto. Silencio. Sus Fusileros Antari lo está mirando. Así son los Sabuesos. Intenta ignorar el ardor en sus extremidades y el pinchazo contra su mente. El trueno de su corazón.
-Los matamos- dice Wyck distraídamente.
Fel inclina la cabeza. **-Te hirieron, eso es seguro.**
Wyck lo siente entonces, un aguijón lejano. El corte le atraviesa la garganta, lo suficientemente superficial como para no abrirlo por completo.
-Deberíamos seguir moviéndonos- dice con voz ronca.
-No hay mucho más por recorrer.
Zane se encuentra al borde del claro, justo más allá de donde el círculo de fuego arde. Su rostro pálido es como una piedra lunar a la tenue luz. Nunca se había parecido tanto a un mal espíritu.
-Sígueme- dice ella. **-A la boca de las Fauces.**



Verastus agita su mano y la escena se vuelve un caleidoscopio ante los ojos de Raine.
-Dije que tu valor está en tu potencial- dice. **-En los destinos que puedas hacer posibles. Los temblores que envías cantando a través del futuro.**
Hay un parpadeo como el cambio de un carrete de vídeo, y Verastus coloca su mano sobre el hombro de Raine.
Raine ve Gloam en llamas, las colmenas cayendo para ser tragadas por el mar. El cielo se divide con relámpagos y se oyen los gritos.
Ve filas y filas de Antari muertos, envueltos en sus monótonas capas del color del bosque. Cada uno lleva una única herida de ejecución.
Ve al Lord General Comandante Serek muerto de un solo tiro de pistola bólter; su sangre extendiéndose por un suelo de mármol blanco para terminar tocando las botas de Raine.
Ve a Daven Wyck, que se acerca a ella con ojos salvajes, sangrando por los estimulantes. Pone un cuchillo en su pecho, demasiado rápido para detenerle.
Ve a Lydia Zane, encendida en fuego psíquico que arde hasta que incluso sus huesos se han ido.
Por último, ve a Andren Fel, de espaldas contra la fría piedra gris, frente a un pelotón de fusilamiento por crímenes cometidos en su nombre.
-Trucos y mentiras- logra decir Raine.

Verastus la ignora. Su agarre sobre su hombro se tensa.
-Y luego están los destinos que te hicieron a ti- dice.
La escena cambia de nuevo. Raine ve a su madre, decorada con un brillante vestido de regimiento. Su padre, adornado con la sangre de la bala del verdugo que lo mató.
Hay una figura más. Una que roba el aire de los pulmones de Raine.
Su hermana.
-Lucía.
Raine no puede evitar decir el nombre. Se libera de su garganta por sí solo. Su corazón da un paso en falso y se le acaba el tiempo. Ella tose sangre.
Verastus suspira. Su sonrisa es beatífica.
-Pensé que deberías verlo- dice. **-Tu valor.**
Raine mira al líder hereje con ojos parpadeantes y llorosos. **-No-** dice ella, las palabras llegan como susurros agonizantes. **-Este no es mi destino.**
Y con un grito de esfuerzo, cierra sus manos alrededor de su garganta.
Verastus lucha, pero Raine aguanta, su visión deslumbrada y su mente encendida. El mundo a su alrededor se hace añicos y todos los destinos desaparecen como el humo. La realidad se reafirma, todos los rastros del sueño vívido desaparecen, salvo el dolor y el ardor en su mente.
Arcadius Verastus la mira. Se limpia la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Contusiones marcan su garganta.
-Sabes- dice con voz ronca, **-será realmente un placer matarte, Severina Raine.**



Wyck y los Antari siguen a Lydia Zane hasta el borde del acantilado. Se queda allí parada por un momento, azotada por el viento. El acantilado está abierto y expuesto, y Wyck se siente incómodo.
-Dijiste que estaba cerca- dice. **-¿Dónde está?**
Zane se da la vuelta para mirarlo. Se la ve muy tensa, como una piel de animal preparada para curar. **-Está cerca-** dice ella. **-¿No puedes verlo?**
Wyck aprieta sus puños. **-No, no puedo verlo, porque no hay nada que ver. Detén tus malditas palabras de bruja y comienza a hablar con sentido.**
Zane se ríe. **-Sígueme-** dice ella.
Luego avanza por el acantilado.
El corazón martilleante de Wyck da un vuelco, pero Zane no se cae. No grita. Simplemente desaparece por completo, como si el viento se la hubiera tragado.
-Por las heridas sangrientas del emperador- dice Crys. **-¿Ahora que?**
Wyck frunce el ceño. Acaba de descubrir por qué se siente tan incómodo, y no es porque estén expuestos. Es porque hay más brujería aquí, y es poderosa. Él escupe en el suelo a sus pies.

-La seguimos- dice, y da un paso adelante.
Es como andar a través de una cascada, todo ruido y frío por un momento, luego queda detrás de él y se encuentra parado en una cresta mirando hacia la boca de las Fauces. La fortaleza de los Iluminados. Es un hueco profundo y oscuro cortado en la roca, lo suficientemente grande como para que pase un titán explorador, fortificado con escudos de vacío y emplazamientos de armas. Los reflectores forman un círculo de luz frente a la entrada, pintando sombras negras y duras en el suelo de los grupos de Iluminados que lo custodian.
-Bueno- dice Andren Fel. **-Esto no va a ser fácil.**
Por una vez, Wyck se encuentra de acuerdo con el Sabueso. **-No podemos abrirnos camino-** dice. **-No a través de eso.**
Zane niega con la cabeza. Hay escarcha en su cuero cabelludo desgarrado. **-No tendremos que hacerlo. Puedo escondernos, como ellos esconden este lugar.**
-¿Así?- dice Wyck rotundamente.
El ceño de Zane se frunce. **-Nada se hace, así como así. No solo nos esconderé de los soldados, sino de aquellos que ven como yo.**
-¿Pero puedes hacerlo?- pregunta Fel.
-Si somos rápidos- dice Zane, con una sonrisa sin humor. **-Y con suerte.**
Wyck mira las armas montadas, los vehículos tractores de más abajo y la boca profunda y oscura de las Fauces, y reprime un estremecimiento. No es la idea de correr hacia su muerte, es la idea de confiar en Lydia Zane para ocultarles. Pero, de nuevo, tampoco tiene muchas opciones.
Y se ha estado librando de la muerte por mucho tiempo, sin que haya conseguido apoderarse de él.
-Hazlo- dice Wyck. **-Terminemos con esto.**
Los Antari pasan a través de la boca de las Fauces, invisibles y silenciosos. El mundo visto a través del encantamiento proyectado de Zane se ve como pintura húmeda. El sonido es opaco y distante. Pasan por debajo de los emplazamientos de armas. Delante de los vehículos y patrullas. Wyck mantiene su rifle levantado. Sus manos están pegadas a la culata y el gatillo. Solo tomaría un segundo. Un lapso en la concentración de Zane, y los Iluminados los tendrían. Serían destrozados. Hace frío dentro del encantamiento y más aun con cada segundo que pasa. El sonido de la respiración de Zane es como una cuchilla roma en una piedra de afilar.
A medida que los túneles se adentran en la montaña, se estrechan. Hay Iluminados en todas partes, como si hubieran sido llamados a reunirse. Wyck los observa a través del encantamiento de Zane y se da cuenta de que reunirse es la palabra equivocada. Todos se están riendo, sonriendo. Algunos están cantando.
Es una celebración.
-Esto es malo- susurra.
Zane asiente. **-Hay oscuridad en el corazón de este lugar-** dice. **-Crece. Cada momento.**

Ella deja de caminar tan repentinamente que Wyck casi se estrella contra ella.
-¿Escuchas eso?- pregunta Zane.
-¿Qué?- susurra Wyck.
Ella se da vuelta y lo mira. Hay rastros de sangre que corren de sus ojos biónicos. Se congelan en su piel. Wyck combate el impulso de huir de ella.
-Suena como alas- dice Zane. **-Como batir de alas.**
El encantamiento parpadea. Wyck huele el aire frío de la cueva por un instante. Él escucha muchas cosas, pero no el sonido de las alas.
-Plumas- murmura Zane. **-Alas negras y garras. Nos siguen como sombras.**
El hechizo parpadea de nuevo, más tiempo esta vez. Un grupo de Iluminados que acaba de pasar en la otra dirección se detiene. Dejan de cantar y uno de ellos mira hacia atrás y frunce el ceño.
-Arréglala, sargento- dice Crys con voz de advertencia.
Arréglala. Como si pudiera arreglar algo como Lydia Zane. Algo malvado, roto y equivocado.
-Detente- le dice a Zane. **-Está en tu maldita cabeza.**
-Sombras- dice Zane, más fuerte ahora, su voz ronca. **-¡Como sombras en mi espalda!**
Ella comienza a arañarle la cara, los brazos, luchando contra algo que él no puede ver. Sus uñas cortan surcos sangrientos en su piel. Wyck hace lo único que se le ocurre hacer.
Empuja la culata de su rifle hacia su cara.
Zane tropieza y cae de rodillas. Ella murmura palabras de bruja y babea coágulos de sangre al suelo.
-No te vengas abajo- le susurra Wyck. **-Ahora no.**
El embrujo parpadea de nuevo. Wyck aprieta los dientes y cae de rodillas junto a ella, luego la agarra del brazo.
Por menos de un latido, Wyck escucha las alas de los pájaros. Los ve a ellos también. Una nube negra y agitada de ellos aleteando, llorando y desgarrando con sus uñas, todos llegando a un punto tan oscuro que nunca podrías esperar ver a través de él.
Se suelta, sus dedos ardiendo de frío y su corazón cantando de miedo. La cabeza de Zane se levanta y fija sus falsos ojos plateados sobre él.
Solo lo suficiente, y nunca más.
La mente de Wyck arde con su voz.
Dame el vial.
Lo sabe. Lo vio, como él la vio a ella. Nunca debería haberla tocado.
Dame. El. Vial.
Es el último, pero no se lo puede negar. Ella no lo dejará. Mete la mano en la bolsa de su cinturón y lo pone en su mano de manera que los demás no lo vean. Zane presiona el inyector contra el interior de su brazo. Wyck oye el silbido cuando se lo inyecta.
-Necesitamos movernos- dice Andren Fel.

Los Iluminados están cerca del borde de la proyección de Zane, con sus armas en alto y sus voces estridentes y cautelosas.
-Levántate- susurra Wyck a Zane.
Ella está temblando. Más sangre en la piedra.
-Deja de temblar- susurra. **-Y levántate.**
Las manos de Zane se curvan con fuerza. Ella exhala una respiración irregular, luego se pone de pie. Mira a los Iluminados a través del borde de cristal manchado del embrujo, y se congelan en el lugar y comienzan a murmurar y temblar. Otra palabra que Wyck sabe.
Muerte.
Los Iluminados dejan caer sus armas. Sus ojos giran hacia atrás y tiemblan y sangran por la nariz y las orejas. Como uno solo, retroceden tambaleándose por donde vinieron, como conducidos por algo. Zane está empapada en sudor que se le congela instantáneamente sobre su piel. Hay heridas abiertas en sus brazos, cara y garganta, algunas de sus propias uñas y otras que parecen haber sido abiertas por garras.
-Ahora nos movemos- susurra.



Uno por uno, los Iluminados traen a los prisioneros y los encadenan en puntos específicos alrededor del círculo central de piedra. Alrededor del símbolo que hace que a Raine se le revuelva el estómago. El símbolo sobre el que ahora se encuentra Arcadius Verastus, con los brazos extendidos. Se quita la capa de plumas para revelar palabras grabadas a fuego sobre su piel. Más aparecen sobre su piel como nuevas cicatrices incluso mientras Raine mira, volviéndose negras en segundos. Sus ojos de piedras preciosas parpadean como atrapados por la luz de las velas.
Hay algunos de los prisioneros a los que Raine conoce. Uno es Antari. Capitán Karin Sun, de la Compañía Oro. Luego está el asesor del regimiento Haran Yale. A su lado, Delvaren Kharadesh, el primogénito de la casa noble más poderosa de Gholl. Luego hay otros a quienes no conoce. No militares. Dos están vestidos con túnicas de acólitos. Uno con las vestimentas de un sacerdote. Otra en ropa de trabajador. El último de todos es un hombre pálido vestido con ropas andrajosas. Es viejo y joven a la vez, con sombras negras bajo sus ojos hundidos. Los cables cuelgan de su cuero cabelludo, desconectados y cortados. Un psíquico, desencadenado.
Es al primero al que le sacan los ojos.
Uno de los Iluminados lo hace, mientras el psíquico grita. Es un largo aullido que disminuye lentamente, reemplazado por palabras murmuradas entre dientes.
-Oscuridad. Oscuridad. Oscuridad.
El Iluminado corta la garganta del psíquico con un movimiento suave. El murmullo se convierte en unas gárgaras, luego se detiene por completo. El

psíquico se desploma y su sangre comienza a fluir a lo largo del canal tallado en el suelo, hacia ese símbolo central. Hacia Verastus.
La mujer en ropa del trabajador retoma los gritos. Kharadesh ruega, pidiendo clemencia, que tenía dinero, poder. Misterios. A Raine le recuerda a Mayir.
Tengo influencia. Todo lo que quieras.
Raine no grita. No ruega. Ella enfoca su mente ardiente y dolorida y tira de sus ataduras. En la escuela la probaron muchas veces atándola de pies y manos y cegándola. La dejarían en los niveles inferiores y esperarían a que se inundaran con agua helada del océano. Era una prueba, para ver si ella entraría en pánico o se rendiría.
Raine nunca lo ha hecho tampoco.
La cadena no se romperá y tampoco el círculo. Lleva clavado en la piedra el tiempo suficiente como para que los dedos de los líquenes lo envuelvan. Raine se mira las manos. Se romperán, mucho antes que la cadena o el círculo. Ella lo sabe por experiencia.
El Iluminado está mirando a los ojos del sacerdote ahora. El hombre no grita; solo reza fuerte y enérgicamente hasta que el Iluminado lo silencia con un golpe que le rompe la cabeza. Otro cuerpo cae. Más sangre fluye hacia el centro de la habitación. El humo comienza a surgir de las palabras grabadas en la piel de Verastus. Las plumas de su capa se agitan.
Raine empuja contra el pulgar de su mano izquierda hasta que oye un chasquido cuando se disloca. El dolor la ciega por un instante. Ella mira a Verastus, pero él esta catatónico. Reluciente. El Iluminado tampoco le hace caso.
Está ocupado con Haran Yale.
El asesor del regimiento no hace ruido. De alguna manera es peor que los gritos. Verastus está encendido ahora. No, no se enciende. Es una luz que fluye de él. De todo menos de sus ojos brillantes.
Las cadenas que la atan se aflojan, apenas. Raine mueve sus pies, aflojándolos aún más.
Uno de los acólitos muere en una ruidosa y desordenada paliza. Más sangre, más plumas. La capa de Verastus lo rodea como alas plegables. Sus manos se curvan como garras. El aire en la cueva es frío y aullante, llevando consigo copos de hielo.
Raine es la siguiente alrededor del círculo. A pesar de su concentración y su furia, tiene miedo. Su corazón es ruidoso. Piensa en Lydia Zane, quien perdió sus propios ojos en Drast. Sobre el desastre de esas cuencas oscuras.
Los pies descalzos del vidente cruzan la piedra hacía a ella.
-Severina Raine- dice. **-Es hora de tu destino.**
Ella lo mira, y el cuchillo con el que quiere matarla.
-Sí, lo es- dice ella, liberándose de sus ataduras.
Las piernas de Raine están entumecidas y su cabeza canta de dolor, pero se arroja al Iluminado y lo golpea de espaldas. El cuchillo se desliza por el

círculo de piedra. Raine pone su rodilla en la garganta del Iluminado, entierra el puño en su cara, una, dos veces. Su nariz estalla. Se le parte el labio. En el tercer golpe, su brazo se congela y se bloquea, el Iluminado lucha debajo de ella. En el estrado, Verastus levanta la mano y Raine es atraída hacia él. La atrapa por el cuello, su brazo arrastrando la oscuridad.
-Siempre peleando- dice con voz doble y resonante. **-Incluso cuando no tienes esperanza.**
Raine apenas puede respirar. La garra de su mano se cierra más fuerte.
-Siempre hay esperanza, si tienes fe- ella gruñe.
-Me hablas de fe como si no lo entendiera.
El campo de visión de Raine se estrecha, Verastus lo llena. **-Porque no lo entiendes-** dice ella. **-Morirás. Tu señor morirá. Tus mentiras morirán.**
Arcadius Verastus se ríe a carcajadas.
-No- dice. **-Morirás tú, pero primero debo tomar esos ojos tuyos.**
Verastus levanta su otra mano. Su piel es iridiscente y los dedos están cubiertos de garras. Se acercan tanto a sus ojos que se desenfocan. Raine lucha y patea y golpea.
Entonces oye un sonido, resonante y extraño, pero familiar.
Es una voz.
La voz de Lydia Zane.
Te tenemos, Comisaria.
Es el turno de Raine para reír. Verastus se queda congelado y Raine se da cuenta de que puede escuchar a Zane tan claramente como ella.
-Son ellos- comienza.
Verastus nunca llega a terminar. Las heridas se abren en su rostro, llenando a Raine con su sangre negra y aceitosa. Él se tambalea hacia atrás y la deja caer. Raine cae con fuerza, el impacto le quita el aire de los pulmones y le hace apretar los dientes. Mira a su alrededor con los ojos entrecerrados y ve a Lydia Zane acercándose para unirse a ella en el borde del círculo, con el brazo extendido. Su piel cubierta de heridas y brillante con escarcha. Wyck está con ella, junto con lo que queda de los Fusileros. Cinco más, vestidos de gris sombra. Los Sabuesos y Andren Fel. Sus rifles láser iluminan la cueva mientras derriban a los Iluminados que han comenzado a inundar la habitación.
Raine se pone de pie, con el cuerpo encendido de dolor de pies a cabeza. Empuja su pulgar dislocado nuevamente dentro de su articulación y toma la pesada pistola láser que le da Andren Fel, sosteniéndola en su mano derecha. Su mano buena.
-¿Qué eres?- dice Lydia Zane a Verastus, dando un paso adelante. **-¿Theta?. Zeta, tal vez. ¿Es por eso que necesitas buscar fuerza en otro lado?**
Arcadius Verastus parece doblar la luz a su alrededor. Su capa ondea. Levanta una mano con garras, se tambalea y tartamudea mientras Zane trabaja para contrarrestarlo.

-Estoy bendecido- dice con su voz doble. **-Por verdaderos dioses. Por los destinos.**
Lydia Zane sonríe con la sonrisa de un lobo. La sangre corre en una gruesa franja de su nariz y baja por su barbilla.
-Qué criatura tan poderosa debes ser- dice ella. **-Pero yo soy Epsilon.**
Ella levanta la mano. Más heridas se abren sobre sus brazos, su garganta.
-Soy Antari.
Ella lo levanta de sus pies.
-Y niego a tus dioses mentirosos.
Zane extiende sus manos. Hay un estallido de presión. El chasquido de los huesos. Verastus es arrojado por el aire, arrastrando sangre y plumas. Aterriza en un montón arrugado y se queda quieto. Raine da un paso adelante, su pistola levantada.
-¿Está muerto?- dice Wyck.
Raine abre la boca para hablar, pero Verastus responde por ella. Recupera sus pies con un chasquido y reposiciona sus huesos, esas palabras en su piel brillando con una luz azul brillante.
-Suficiente- dice, y lo irreal se vuelve real.



Wyck ya no ve al líder del culto. Ve algo que lo inunda de miedo y lo hace querer correr. Es un gran sabueso negro, arrastrando humo y sombras, mirándolo con ojos como cristales rojos. Su gruñido es el trueno de las armas. Es como la vieja historia de Antari. El que tomaron los soldados de asalto de Fel por su nombre. Es un perro sabueso. Es la muerte.
Y viene hacia él.
Wyck busca su rifle y retrocede un par de pasos. El mecanismo de disparo está bloqueado, y sus dedos son torpes y lentos y el sabueso está muy cerca. Deja caer el rifle y deja que se balancee de la correa. Pone su mano en la espada.
Y sin miedo ni furia, Daven Wyck intenta zafarse de la muerte.
El cuchillo se engancha. La sangre fría corre por sus dedos. El sabueso aúlla, y parpadea y cambia, todo a excepción de esos ojos de cristal rojo. Su verdadera forma es un hombre con una capa de plumas, con palabras grabadas en su piel. Wyck prepara el cuchillo de nuevo, pero es demasiado lento. Ve brillar los ojos de piedras preciosas del líder del culto y sufre un impacto que saca el aire de sus pulmones y sus pies de debajo de él. Ve la piedra plateada de la cueva apresurarse a su encuentro, luego la golpea con fuerza y no ve nada más.
Verastus atraviesa los Fusileros Antari hacia Raine. Está parpadeando y cambiando, convirtiéndose en formas de pesadilla o desapareciendo por completo con un giro de esa capa de plumas. Ella no puede verlo. Los Antari se tambalean y gritan, todos viendo sus propios miedos. Verastus

abre la garganta de Nial con un golpe de su mano con garras. Rompe los huesos de Awd con otro estallido de presión. Manda a Crys a su espalda, sangrando. Andren Fel grita palabras de protección, de alguna manera manteniendo la posición la primera vez que Verastus lo golpea. El segundo golpe astilla su armadura de caparazón y rompe su máscara. Cae en silencio. De rodillas. Raine nivela su pistola. Apenas puede sostenerla mientras Verastus se abre camino hacia ella. Dispara una vez. Dos veces. Plumas y sangre negra como el aceite brotan de él, pero no se detiene. Él la alcanza, sus manos extendidas. Raine se ve reflejada una docena de veces en sus ojos de piedras preciosas. Pero entonces Arcadius Verastus se ralentiza. Gruñe entre dientes. Gruñe entre dientes mientras Lydia Zane se tambalea hacia adelante, respirando con dificultad a través de sus labios ensangrentados.

-Hazlo- dice Zane. **-Mátalo.**

Raine presiona el cañón de su pistola contra la frente de Verastus. **-Parece que tu dios falso no creyó adecuado mostrarte tu propio destino-** dice ella.

Arcadius Verastus, noveno de nueve, sonríe lentamente. **-Por supuesto que lo hizo. Me muestra todos los destinos. Todas las verdades En mis sueños te he visto de pie allí, con tu alma ardiente y brillante. En este destino, me disparas y muero.**

-Entonces siempre supiste que fracasarías.

Verastus niega con la cabeza. La escarcha brilla en los duros ángulos de sus ojos de piedras preciosas. **-La muerte no es un fracaso-** dice. **-Sabes eso, Severina Raine de Darpex y luego Gloam. Hija bastarda de un cobarde y una reina. La muerte siempre tiene un propósito, así que dame el mío. Dispárame, mátame y sé que seguirás haciendo destinos por voluntad de mi señor.**

Es la forma en que lo dice. Su nombre. Su hogar. Su familia. La forma en que la alinea con tanta seguridad con su dios falso. Raine no puede soportarlo. Ella dispara la pistola y sigue disparando hasta que no queda ni rastro de sus ojos de piedras preciosas. Cuando la pistola está vacía y sale humo del cañón, ve plumas que se arrastran por el suelo de la cueva. Una le roza la punta de la bota.

La muerte no es un fracaso, dice el eco de la voz de Arcadius Verastus.

Con Verastus muerto, los Iluminados se rompen como el hielo en primavera. Algunos siguen peleando. La mayoría huye. Algunos intentan rendirse, alegando que fueron engañados. Manipulados. Todos ellos obtienen una muerte rápida. Es una misericordia que apenas se merecen.

Wyck solo perdió a Nial en el círculo de piedra. El resto de los Fusileros Antari están heridos, sangrando y desanimados, pero están lo suficientemente vivos como para correr con Zane protegiéndolos. La psíquica está al límite de sus fuerzas, pálida y murmurando sobre plumas y sombras a su espalda. Raine se queda junto a ella, la pistola prestada lista. Andren Fel y sus Sabuesos llevan al resto de los prisioneros con ellos,

defendiéndolos de los Iluminados que todavía tienen la voluntad de luchar. Wyck tropieza y se tambalea, pero no deja de correr. Sería horrible sobrevivir a la muerte misma solo para que el Alto Mando derribe la montaña sobre él.
Despejan la boca de las Fauces y salen corriendo al aire frío. Está completamente oscuro, el cielo iluminado de estrellas. Las piernas de Wyck arden y duelen y es una agonía respirar con todas esas costillas rotas, pero todavía está entre los primeros en llegar a la cima de la cresta. Solo para mirar hacia atrás y ver esa estrella que se vuelve más brillante que las demás.
-¡Abajo!
Sus palabras son silenciadas cuando la lanza orbital se alcanza la ladera de la montaña. Wyck se arroja al suelo junto a los demás y cierra los ojos con fuerza, pero todavía hay un momento en que su mundo es luz, presión y calor. Cuando se desvanece, no queda nada de la boca, solo las Fauces. Se ha abierto pedazos de piedra anchos, enormes y pesados que se deslizan hacia abajo para ser tragados enteros. Por un momento, Wyck podría jurar que ve ojos de cristal rojo en esa oscuridad.
-Piensas que eso lo callará- dice Zane. **-¿No crees?**
Wyck la mira. Por la forma en que ella cierra su túnica con sus delgados dedos como garras. Ante sus heridas abiertas y la sangre seca y la forma en que sus ojos plateados parecen ver profundamente en las Fauces.
-¿Qué?
Zane comienza a reír, y Wyck piensa que ella es realmente malvada y que se equivoca. Quizás más que antes.
-En marcha. Toda esta área podría colapsar.
La voz de Raine hace que Wyck se estremezca. La Comisaria es un desastre cubierto de sangre, tanto de ella como del líder del culto. Sus manos están desolladas y magulladas y sus muñecas están hinchadas por las ataduras. Sus trenzas están enmarañadas, su ropa hecha jirones. A pesar de todo eso, sus ojos son claros y agudos. Después de todo, no es el uniforme lo que convierte a Raine en Comisaria.
Pero ahora él sabe que eso no es todo para ella. Sabe sobre ese reloj. Eso hizo que Lydia Zane llorara incluso con sus ojos falsos y su alma rota. Sabe sobre el nombre tallado en el latón.
Lucia.
Ahora solo tiene que descubrir cómo usarlo.



Raine toma asiento en la mesa frente a Lydia Zane. Deja el grueso archivo de pergamino. Su pluma y su bote de tinta. Raine abre el archivo y hojea las páginas hasta que alcanza un formulario vacío.

-Informe posterior a la misión- dice en voz alta y clara para el vocoemisor. **-Operación ciento sesenta y dos. La infiltración y destrucción de la fortaleza avistada en la cordillera Caulder en Gholl.**
Ella coge su pluma y la sumerge en la tinta.
-Nombre y rango- dice Raine.
Zane no se mueve en su silla. Sus ojos plateados están enfocados en la superficie de la mesa. Sus manos están tendidas sobre su regazo. Lye le ha limpiado la sangre y le ha cosido las heridas, pero solo sirve para que parezca que la han sacado de la tienda mortuoria. Los cables plateados van desde los puertos en su cuero cabelludo hasta el lector psíquico sobre la mesa. Está atada a su asiento por el collar atornillado a su cuello. Está tachonado con inyectores sedantes, preparados para disparar.
-Lydia Zane- dice ella. **-Primaris psyker. Epsilon calificado. Undécima Compañía de Fusileros Antari.**
El lector psíquico comienza a sacar el pergamino, marcando líneas suaves en el papel con una pluma automática. Raine tiene lista su propia pluma. La tinta se desliza sobre el papel.
-¿Dónde naciste?- pregunta ella.
Zane todavía no se mueve. **-En Antar-** dice ella. **-En la costa occidental, en un asentamiento en los acantilados con vistas al mar.**
Más picos suaves siguen al lector. Raine escribe las palabras de Zane al pie de la letra. Guarda cada transcripción. Los compara y contrasta. Comprueba las inconsistencias que podrían indicar un problema.
-¿Cómo era?- pregunta Raine, aunque ella lo sabe. Ha hecho esta pregunta muchas veces.
-Los acantilados eran grises- dice Zane. **-El mar también era gris. Dicen que es por eso que nuestros ojos son grises, porque tomaron su color del mar y las piedras, pero esa es solo una historia como tantas otras.**
-¿Y había tormentas?- pregunta Raine.
-Tormentas- dice Zane. **-Si. Especialmente en los meses de invierno. Lluvia y granizo, pero el mar nunca se congeló. No puedes congelar tanta agua.**
Raine anota la respuesta en el formulario. **-¿Y en ti?. ¿Hay tormentas?**
Zane se rasca la herida cosida en su antebrazo. **-Tormentas-** dice de nuevo, aún mirando el mismo lugar en la mesa.
El lector psíquico también se rasca. Los picos suben un poco más empinados. La sangre burbujea bajo las uñas de Zane.
-No- dice ella. **-No tormentas. Solo pensamientos. Cuentos. Oscuridad.**
Los picos en la alimentación mental se vuelven aún más pronunciados. Una cadena montañosa, grabada en tinta negra. Al igual que las Fauces.
-¿Sombras?- dice Raine. **-¿Qué quieres decir?**
Zane finalmente levanta la vista de ese lugar en la mesa. **-Espacios oscuros en mi cabeza, Surgidos de las cosas que he hecho. Nada más.**
-¿Qué tipo de cosas?- pregunta Raine.
Una sonrisa pálida crece en la cara de Zane. **-Todas-** dice ella. **-Cada acción proyecta una sombra, para bien o para mal.**

Raine mira la alimentación mientras la pluma automática del lector psíquico vuelve a pintar espigas superficiales. Incluso los más empinados que ha capturado todavía están dentro del rango aceptable. Espera unos segundos, pensando en sus propias sombras, que Verastus hizo desfilar ante ella en la cueva debajo de las Fauces.
-¿Eso será todo, Comisaria?- pregunta Zane.
Raine observa por un momento más, pero los picos se mantienen superficiales y uniformes. La pluma automática no se contrae, y ahora Zane tampoco. A pesar de todo está ahí, sin preocuparse por sus heridas.
-Eso será todo- dice Raine. **-Por hoy.**



Las tareas de interrogatorio de Raine a su regreso a los cuarteles Antari toman horas, y el clima ha cambiado cuando finalmente regresa a su tienda de comando. Raine hace una momentánea al entrar, escuchando la forma en que la lluvia azota el lienzo. Se acerca a la mesa y recoge la taza de lata. Está estampada con una marca del Departamento Munitorum y astillado alrededor del borde, frío al tacto. Se siente real. Raine deja escapar un suspiro lento y vuelve a dejar la taza.
Su uniforme la espera en la mesa. Sus medallas, abrigo y guantes. Su sombrero de pico. Han sido dobladas cuidadosamente, pero aún llevan jirones y manchas de sangre. Primero se pone los guantes y luego el abrigo. Su sombrero al final de todo. El peso del abrigo, el crujir de los guantes. La pistola prestada en la funda en su cadera. Es todo un consuelo. Un acto restaurador más que cualquier cantidad de analgésicos o descanso. No es que haya tiempo para descansar. Tiene sus nuevas órdenes de despliegue en el bolsillo. Siempre hay otra pelea. Otra guerra Otro deber, inacabado.
Raine mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sus dedos se cierran alrededor del latón frío. Aprieta las esquinas contra su mano. No hay daños en el reloj, excepto por la grieta que ya tenía. Raine no puede creerlo. Le da vuelta en la mano y pasa el pulgar sobre las letras grabadas del nombre de su hermana. Recuerda cómo hizo esas formas con la punta de una navaja y por qué.
¿Qué pasa con ese reloj que llevas? Cuéntame sobre eso.
Raine se vuelve al oír la voz de Andren Fel, pero no hay señales del Sabueso. No hay señal de nadie en absoluto, solo el aullido del viento y el azote de la lluvia contra el lienzo de la tienda.

FIN